

a través de la doctrina de sus grandes maestros, conservando la vinculación cronológica y la unidad ininterrumpida de la evolución general del pensamiento. Tal vez este oportuno propósito de difusión filosófica sea uno de los móviles que ha decidido a Ortega y Gasset a crear un nuevo departamento en la *Biblioteca* de su *Revista de Occidente*, que prestará incalculables servicios a la ilustración de sus lectores y a la cultura hispanoamericana.

J. Mantovani.

*Con el ojo izquierdo. Mirando a Bolivia*, por MANUEL A. SEOANE. Prólogo de Alfredo L. Palacios.

El estudiante peruano Manuel A. Seoane, desterrado de su patria por el actual régimen gobernante y desde hace dos años radicado entre nosotros, acaba de publicar el interesante libro *Mirando a Bolivia*, fruto de las observaciones que recogiera en un reciente viaje a ese país con motivo del centenario de la independencia, en representación de los estudiantes del Perú, de la Federación universitaria de La Plata y de distintos centros estudiantiles de Buenos Aires, y resultado también de las reflexiones que le suscita desde largo tiempo la situación social, política y económica de Bolivia, Perú y otros países americanos del lado del Pacífico. Por eso su libro, de contenido sumamente interesante, no versa exclusivamente sobre problemas actuales bolivianos, sino que, aprovechando la circunstancia de comentar el estado presente de ese país, extiende sus observaciones y meditaciones a los países de América.

Desde la región del altiplano, y con enérgica visual de su «ojo izquierdo», mira todo el panorama político y económico continental.

La situación deplorable del indio, la influencia del capitalismo yanqui, la aparente y defectuosa vida democrática, la explotación del obrero, la desorganización educacional y el retardo universitario de Bolivia, como de otros países cercanos, son los temas fundamentales del vigoroso libro del estudiante Seoane, a los que agrega referencias oportunas sobre las vidas estudiantil y obrera, que al margen de los gobiernos están forjando los ideales de una nueva conciencia social americana.

Es un libro lleno de esa pasión juvenil que para muchos se confunde con el extremismo y la exageración; un libro sano, dispuesto a servir con entusiasmo y eficacia los ideales de la juventud latinoamericana.

Sin pretensiones sociológicas, como lo declara él mismo, el autor ha escrito lo

que pasó ante sus ojos curiosos y atentos. Aunque su libro es objetivo, no es posible despojarlo de un fuerte acento personal. Las observaciones no son frías ni indiferentes; antes de ser fijadas en las páginas, han sufrido la refracción del cristal que lleva en sus ojos un joven de la «izquierda» lleno de legítimos y nuevos ideales.

J. M.

*La asamblea de la bohardilla*, por ALBERTO GERCHUNOFF.

Don Alberto Gerchunoff acaba de emparentar con la estirpe de Luciano por su libro *La asamblea de la bohardilla*, en que ha reunido nuevos diálogos de los muertos. En el diálogo proemial, tres escritores desaparecidos conversan entre sí, vueltos sombras, en la biblioteca de Gerchunoff, y su conversación nos instruye de que, en las páginas que subsiguen, éste ha evocado a los personajes que aquéllos han creado, cuando no a sus propias personas; en los once diálogos restantes, salvo en aquel en que Gerchunoff recibe una visita del soldado desconocido francés, esos personajes, cuando no esas personas, conversan con su evocador. Los personajes evocados son M. Jourdain, Mefistófeles, Néstor, la serpiente del Génesis, Jesús, Shylock y la montaña horaciana, paridora del ratón, y las personas evocadas, Carlos Marx, Kempis y Brillat-Savarin.

Esos entes que fueron en la imaginación o en la vida ¿cómo son en las páginas de Gerchunoff? ¿Conservan su psicología? ¿No la conservan?

M. Jourdain es argentino y hombre de negocios. Denuncia las exageraciones de Molière y lo acusa de ellas. Demuestra que su antiguo esfuerzo por ser persona distinguida emanaba de un noble afán de mejoramiento y no de una pretensión extravagante. «¿Para qué me servían — dice — mi dinero, mis propiedades, mi espesa renta... si continuaba redacido a vegetar obscuramente, sin experimentar los halagos de la esperanza variable y sin gozar del trato de las personas ingeniosas? Me persuadí de que el dinero nada valía, si no proporcionaba los finos placeres de la distinción y la voluptuosidad de las aventuras agradables.» Y, lejos de avergonzarse de su humilde origen, lo convierte, mediante una transmutación de valores que el cambio de las edades explica y acarrea, en motivo de justo orgullo. Pronuncia gustoso el panegírico del advenedizo. «Ha transcurrido el tiempo. Hoy sólo se ríen de los advenedizos los malos ciudadanos... Todos somos advenedizos en un país hermosamente advenedizo en la historia... El europeo envidia a los que constituimos aquí una sociedad de advenedizos... El país se yergue por ministerio del dinero, el fecondo y elástico dinero que hemos amontonado con ingenio pertinaz, con la